

# Chile, Portugal y la Democracia

ROBERTO MESA

**S**EPTIEMBRE es un mes nostálgico que se presta a la recordación. El 11 de septiembre ha hecho un año, día tras día, de la muerte de Salvador Allende; su ejemplo sigue vivo y la enseñanza chilena es cada minuto que pasa más aleccionadora. Mucho se ha hablado y se ha escrito del fracaso de la Unidad Popular; que no hubo tal, sino derrocamiento por la fuerza. Hoy, un año más tarde, también puede tratarse abiertamente del fracaso de la Junta Militar del general Pinochet: fracaso económico y social, por no hablar del político; la mejor prueba de nuestra afirmación es el existir de una resistencia interna chilena que ha superado la prueba de fuego, de la sangre y de la tortura.

Dos hechos han reactualizado el caso chileno. Veamos el primero, que exige una aclaración pertinente: la Junta Militar ha pretendido y continúa afirmándolo que su golpe de Estado obedeció a una especie de llamamiento ante el inconformismo popular, sin que mediara intervención exterior alguna. La opinión mundial que olvida lo que no quiere recordar había archivado el escándalo de la I. T. T. Pero, ahora, el pasado 17 de septiembre, la Comisión de Asuntos Exteriores del Senado norteamericano abre una encuesta, motivada por unas declaraciones del representante demócrata de Massachusetts que denunciaba la intervención de la C. I. A. en Chile. De declaraciones contradictorias de todos los implicados, ha podido establecerse sin ambigüedades que el hoy secretario de Estado bloqueó toda la ayuda estadounidense a Chile; lo que se tradujo en que el cré-

dito de la Unidad Popular en los bancos privados americanos cayó, en un solo año, de 220 millones de dólares a 40. Por otra parte, Washington proporcionó, entre 1970 y 1973, once millones de dólares para sufragar las actividades subversivas contrarias a Salvador Allende; en concreto, la financiación de la famosa huelga de camioneros, así como las de los taxistas y los pequeños comerciantes.

W. Colby, director de la C. I. A., en una entrevista publicada por el «Time», exponía, de la forma que sigue, el trabajo de la organización a su cargo: «La C. I. A. tiene tres funciones principales: un trabajo científico y técnico, la evaluación de los datos de un problema y la información clandestina. A lo que se añade una cuarta responsabilidad: la de actuar sobre una situación concreta a través de medios políticos o paramilitares... Es preferible influir sobre las personalidades y grupos políticos capacitados para controlar la evolución...».

**D**E las declaraciones confusas y de las posturas titubeantes, así como de los obstinados rechazos de culpabilidad, emerge una tajante acta de acusación. Pero sobre la tristemente célebre C. I. A. y sobre el hoy alicaído Kissinger se ha tendido el velo protector del sucesor de Richard Nixon; a lo que parece sucesor no sólo en el puesto presidencial, sino también en la conducta política. «La ayuda proporcionada por los Estados Unidos a la oposición al régimen de Salvador Allende, respondía a los intereses del pueblo chileno tanto como a los intereses norteamericanos», ha procla-

mado enfáticamente Gerald Ford, en la explicitación de lo que algunos ya denominan «doctrina Ford»; que enlaza directamente con la tradición de Teddy Roosevelt y a la diplomacia del dólar. Al tiempo que es una advertencia: ¡Ay de los pueblos cuyos intereses no coincidan con los de los Estados Unidos!

Todos estos datos nos permiten ir profundizando en un mejor conocimiento de la lección chilena; pero, como decimos, la experiencia no ha concluido, ni tampoco el derramamiento de sangre. El día 30 de septiembre era asesinado el general Carlos Prats. ¿Por qué Prats? Pues porque su vida era una amenaza para la Junta Militar: había denunciado las actividades de la Junta, nucleaba la resistencia interna con las organizaciones del exterior y tenía un gran prestigio en algunos sectores del Ejército, especialmente los oficiales jóvenes y los suboficiales; pero, sobre todo, su figura, no comprometida, se perfilaba como un símbolo para la reconstrucción de toda la izquierda chilena. Su apartamento de Buenos Aires ha sido saqueado por esos personajes misteriosos que nunca se sabe de dónde salen, los cuales han hecho desaparecer sus archivos y el original de las Memorias que el general Prats estaba redactando.

**M**UCHA tinta se ha derramado a todo lo largo de lo que va de siglo XX sobre las Internacionales Obreras y su poder de penetración; no estaría de más recordar también, en los tiempos en que ahora corren, a la Internacional Fascista que actualmente pa-

rece mucho más expeditiva y con un grado superior de solidaridad. Viene esto a cuenta de las decisivas jornadas que, a fines de este mes, ha vivido el pueblo portugués, ante la conspiración organizada por la derecha en colaboración con los caetanistas y el apoyo de elementos extraños hallados en Lisboa, como son esos agentes chilenos al servicio de la C.I.A. que han sido aprehendidos.

Pero, aunque la anécdota sea trascendente, vayamos a los hechos principales. El día 25 de abril, el Movimiento de las Fuerzas Armadas (MFA), con el apoyo de las fuerzas de izquierda, ocupaban el poder y lo compartían con otros grupos, unidos todos bajo el común denominador del antisalazarismo. Sin embargo, los demonios del antiguo régimen seguían en la calle y pronto se harían ver; contaban con un aliado de excepción. La ambigua figura del general Spínola. Desde finales de abril, Spínola se había convertido en el hombre clave de la nueva derecha portuguesa y de la menos nueva. El primer intento contra el espíritu del 25 de abril tuvo lugar a comienzos del mes de julio: la operación de Palma Carlos fue desbaratada. El objetivo perseguido en aquella ocasión era doble: consolidar el poder personalista-presidencial de Spínola y eliminar del poder a los partidos de izquierda. El segundo intento, también fracasado, tuvo lugar a comienzos de septiembre en Mozambique: pretendía paralizar el proceso descolonizador. Al tiempo, crecía paralelamente el poder popular y se estrechaba la alianza entre el MFA y los partidos de izquierda. En esta tesitura, con el tiempo en contra y el pueblo también, Spínola se lo ha jugado todo a una carta y la ha perdido. La operación era peligrosa: el día 10 de septiembre, con motivo del reconocimiento de Guinea-Bissau, Spínola pronunciaba un asombroso discurso; se trataba de un manifiesto, de un llamamiento a la subversión lanzado desde la más alta magistratura. Después de trazar un penoso cuadro de la situación del país, Spínola proclamaba: «O bien somos capaces de democratizar el proceso de democratización del país o, en caso contrario, nos espera un futuro de pobreza, de sangre y de esclavitud.» Y añadía: «La mayoría silenciosa del pueblo portugués debe despertar y defenderse activamente contra los extremismos totalitarios que luchan en la som-

bra utilizando métodos bien conocidos para manipular a las masas».

TRAS la convocatoria, la mayoría silenciosa anunciaba su marcha sobre Lisboa para el día 28 de septiembre. La democracia portuguesa se enfrentaba a una prueba de fuerza. Soldados y paisanos levantaron barricadas e inspeccionaron los vehículos y los trenes que llegaban a la capital cargados de hombres bien pertrechados; se descubrieron importantes depósitos de armas. Vasco



Gonçalves prohibió la manifestación. Spínola la mantuvo. El COPCON (Comando Operacional Continental) apoyó las actividades populares y sustituyó eficazmente a los grupos de paisanos. El día 30, tras un domingo de incertidumbres, Spínola se despedía de la presidencia con amargura: «La crisis y el caos serán inevitables.» Con él se han marchado sus hombres en la Junta de Salvación Nacional, extraño organismo cuya finalidad era el control de los oficiales progresistas del MFA. Francisco da Costa Gomes, sucesor de Spínola, anunciaba en su toma de posesión del mismo día 30: «Sabremos interpretar las leyes constitucionales en las cuales el programa de las Fuerzas Armadas es esencial. Deberemos crear las condiciones sociales que permitirán al pueblo designar sus instituciones políticas en el espíritu de una democracia pluralista, la única que garantiza la dignidad humana.»

LA izquierda portuguesa ha vencido en la prueba de fuerza. Vasco Gonçalves y Otelo de Carvalho, los militares más progresistas del MFA, controlan el gobierno junto con socialistas, comunistas y miembros del partido centrista Democrático Popular. Pero también es cierto que la izquierda portuguesa ya está sola; se anuncian procesos de depuradores que ahondarán el abismo de separación ya existente; los gobiernos de Europa Occidental comienzan a inquietarse: la democracia es buena, siempre que no esté a la izquierda. Se afirma a los cuatro vientos: Portugal va muy deprimido; es muy rápido el paso del Estado Novo al Portugal Novo. Y no les falta razón. Ahora bien, los que tal afirman olvidan decir las causas de la aceleración del proceso democratizador portugués. Ante cada acechanza conspiratoria de la derecha, la izquierda se ha visto obligada a la adopción de medidas que la aislan no ya sólo de las fuerzas reaccionarias, sino también de las moderadas y conservadoras. Y el proceso de radicalización sólo ha hecho comenzar; vendrán medidas políticas, económicas, sociales...

AHORA bien, Portugal está geográficamente en Europa Occidental y políticamente continúa siendo miembro de la Alianza Atlántica. ¿Hasta dónde llegará la tolerancia de las fuerzas exteriores? ¿Es factible un Portugal revolucionario, porque es subdesarrollado y acaba de salir del fascismo, en el extremo occidental de Europa y unido por tratados internacionales a los Estados Unidos? No debe caerse en el pesimismo; pero la sombra de la Unidad Popular chilena se cierne sobre Portugal, que por su posición geográfica no puede esperar ninguna ayuda del exterior. La suerte está echada. Las fuerzas progresistas portuguesas deberán multiplicar su vigilancia y combinarla con el celo revolucionario y con la prudencia. Los meses venideros serán decisivos. La experiencia portuguesa, además, será trascendental para toda Europa. ¿Será, por fin, posible un socialismo revolucionario y democrático dentro de la libertad o, por el contrario, se abortará un ejemplo que puede resultar pernicioso y peligrosísimo para los poderes establecidos en toda Europa Occidental? ■